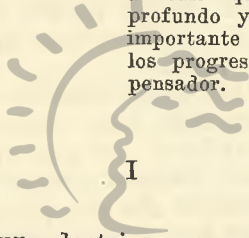


## **SOBRE LAS DIVERSAS PERSPECTIVAS QUE EN TODA TEORIA SE HALLAN.**

Luis F. Alarco fué alumno del Seminario de Filosofía de nuestra Facultad el año de 1935. En 1936 se dirigió a Alemania para perfeccionar sus estudios. Desde entonces ha tenido oportunidad de estudiar con los más renombrados filósofos alemanes. Este artículo—que nos envía de Friburgo—profundo y claro sobre un tema tan importante es una pequeña muestra de los progresos realizados por el joven pensador.



Una obra cultural una doctrina, no es una entidad limitada a sí misma. Ella es, diría, una contracción del cosmos, una *mónada* en las que el mundo se manifiesta y se refleja. Esa entidad—en la que el cosmos se proyecta, sin dejar de ser lo que era antes de ser proyectada—está constituida por una multiplicidad de relaciones que la conectan necesariamente con lo que fuera de ella existe.

Una de esas relaciones está dirigida hacia el objeto que refleja: es la relación teoría-objeto. La teoría es tanto más verdadera cuanto más notas esenciales del ser objetivo están en ella contenidas. Son estas notas las que constituyen su contenido ideal-objetivo.

Una teoría posee existencia en sí, objetiva, independiente del sujeto que la ha creado. Esta independencia existencial no implica, sin embargo, que en el sujeto y en su obra no exista similar esencia cultural.

En la evolución y perfeccionamiento de las teorías, de la ciencia, hay una continua determinación que arranca del ser óntico. Por eso, este proceso posee orden y contenido ontológico: es el orden del ser óntico que se manifiesta en la ciencia.

La ciencia busca en el ser la ley, el principio. Conociendo el principio puede penetrar en su esencia, en su estructura. No nece-

sita para esto, conocer la multiplicidad del ser contingente, perderse en la variación infinita de sus concreciones. Si el ser fuese sólo contingencia, concreción pura, el ideal de las ciencias carecería de sentido.

El ser no está sujeto sólo a un principio. En cada ser concreto hay diversidad de esferas ópticas porque cada ser concreto es múltiple. Es esta multiplicidad la que le da razón de ser a las diversas ciencias especiales.

## II

En el desarrollo de las ciencias naturales se da una paulatina, pero constante, iluminación de los principios. Estos permanecen inmutables, eternos, en el fluir incesante de la naturaleza; son, precisamente, los que rigen su cambio y devenir. Es esta inmovilidad la que permite el fluir del ser real. Es esta misma inmovilidad, también, la que permite el desenvolvimiento de la ciencia. De no ser así, sería mero vagar sin rumbo.

Otras parecen ser las perspectivas en las ciencias culturales. Aquí no se da un continuado fluir hacia principios inmutables. Aquí no es sólo el espectador el que gira en torno de centros fijos, penetrando en ellos desde diversos planos; son los centros mismos los que se han transfigurando. No son, por ejemplo, los de ayer los valores que ante nosotros hoy se nos presentan, éstos no serán los de mañana.

En el devenir histórico no deviene sólo el hombre y su cultura; es su misión sobre la tierra la que también se modifica. Otras son las tareas de su vida, otro su sentido. Es como si los principios, antes quietos, se hubiesen despertado del letargo y puesto en marcha, fluyendo paralelos a nosotros, acompañando nuestra angustiada ruta.

Así parece ser, pero así no tiene que ser necesariamente. Los principios pueden haber permanecido idénticos, haber cambiado sólo lo que el hombre ha visto en ellos. Pueden ser, en parte, matices diversos que se le van ofreciendo en el proceso histórico; en parte, nuevas esferas descubiertas. Así puede muy bien el principio adquirir autonomía frente al hombre.

Es la objetiva idealidad del principio ético, la que le da al deber ser exigencia en sí. Es este *deber ser* el que le indica al hombre lo que *debe hacer*; careciendo, sin embargo, este *debe* de categorial existencia: el hombre es libre frente al principio.

Pero ¿por qué esa movilidad del proceso valorativo frente a los principios? Si el deber ser permanece idéntico en el devenir ¿por qué entonces la transformación del hombre en su actitud fren-

te a él? Si los principios son inmutables y eternos ¿cómo puede haber cambiado tanto su actitud frente a ellos?

Diría, la transformación del hombre viene de la tierra. Causas de orden estrictamente óntico determinan el proceso de su historia, la modificación de su cultura. Las sucesivas modificaciones que se operan en su posición real en el cosmos—como consecuencia del progreso técnico, de la transformación de las condiciones sociales, económicas y políticas—lo colocan frente a siempre renovadas tareas que realizar. Es desde aquí, desde su vinculación concreta con el cosmos, como él aprehende una esfera determinada del mundo de los valores.

No hemos afirmado: los valores carecen de influencia en el desenvolvimiento histórico. Los principios éticos, una vez aprehendidos, poseen actualidad en el hombre, fuerza de potencial actividad. Aquí se da una idealidad que trasciende sobre sí misma, que se encarna en el hombre, que lo empuja a realizarla. Por medio del hombre llegan los valores al mundo real. Por medio de los valores se eleva el hombre sobre sí mismo.

Hay también, pués, una determinación que sufre el ser óntico que no brota de él, que surge de otro lado: del mundo de los valores.

El hombre no se enfrenta a la totalidad de los principios éticos: frente a él yace sólo una esfera limitada. Esta la encuentra él habitando en la cercanía de su vida. Por eso, la dignidad ética de la *persona* se manifiesta en los más pequeños rasgos de su vida íntima.

Biblioteca de Letras

«Jorge Puccinelli Converso»

III

Hemos visto: la cultura misma está sujeta al devenir. Ideales siempre renovados se presentan frente al hombre. Nuevos valores son hallados. Ellos iluminan el ámbito visual entero que domina el hombre. Por eso cree él en la absoluta certidumbre.

Pero ¿no es caduca toda perspectiva, no parece, no se esfuma? ¿no son ya infinitas las veces que el hombre ha creído descubrirse, encontrar sentido sobre el mundo? ¿no ha sido inútil todo, inútil preguntar: qué es el hombre, a dónde va? ¿no lo dice así la historia?; como el hombre ¿no nacen y mueren las teorías, no vienen y se van?

¿Será el relativismo posición última, que el transcurso de la historia ha confirmado?

No se trata aquí de fundamentar cada una de nuestras premisas, sino tan sólo indicar los más generales rasgos de nuestra posición. Dentro de estos límites, indicaremos:

Las ciencias naturales nos muestran en su desenvolvimiento que hay un *avance*. Este avance, en su significación teórica, está al margen de la utilidad que nos reporta, de su aplicación práctica, de las posibilidades de dominio de la naturaleza. El avance significa, en sentido gnoseológico, que hemos aprehendido mejor las cualidades esenciales del ser real; en sentido ontológico, que nos hemos acercado más a él—sin significar que la actitud teórica sea la única posibilidad de acercamiento al cosmos. El hecho mismo de la aplicabilidad de la ciencia nos muestra que ésta no es mera fantasía, sino que posee base objetiva.

La ciencia deviene en sentido positivo. Esto nos demuestra su imperfección—es claro que si fuese perfecta no requeriría avance alguno. La imperfección, el devenir, el avance ¿no revelan su relatividad?

En modo alguno; la imperfección significa solamente que la teoría no abarca todas las regiones del ser óntico, que es incompleta, pero que, en cuanto verdadera, es verdadera intemporalmente.

En la verdad se trata de la relación teoría-objeto. Esa relación existe en sí, objetivamente, independiente de nosotros. Nosotros no podemos transformar en verdadera una representación que es objetivamente falsa. Podemos modificarla y hacerla así correcta, pero no será entonces aquélla, sino esta otra la que sea verdadera.

Lo verdadero no es, pues, una relación entre sujeto-teoría, si no entre teoría-objeto. El hombre no puede destruir lo que objetivamente es. Lo verdadero no es verdadero *para* el hombre, sino verdadero en sí; es verdadero porque reproduce al ser objetivo.

#### IV

Una de las perspectivas que se pueden considerar al juzgar una teoría, es la relación que existe entre ella y su objeto. Interesa, entonces, en qué medida el objeto es reflejado, es decir, qué cualidades esenciales de su ser están contenidas como notas en la teoría. Interesa también, qué notas se encuentran en la teoría y no se hallan en el objeto, o sea, lo que ésta enuncia y carece de objetividad. Y por último, lo que existe en el objeto y no se halla reflejado en la teoría.

Bien, lo anterior implica que podemos conocer la cosa en sí, y que, además, contamos con un criterio que nos permite comparar ambos términos de la relación. Pero, si ese criterio existe ¿cómo es entonces posible el error? De poseer ese criterio el error desaparecería, por lo menos en la ciencia; el avance mismo perdería su razón de ser porque de un golpe se podría conocer lo que se puede conocer. Pero así no es. Un criterio tal no existe.

De otro lado, si carecemos de criterio ¿cómo es posible el avance? ¿cómo sabemos que avanzamos?

El avance se realiza no sólo en una dimensión cuantitativa, sino preferentemente en la esfera de lo cualitativo, es decir, en un rechazar errores, en un seleccionar, que nos permite un más profundo penetrar en la esfera estructural del ser. Repetimos, sin un criterio ¿cómo podemos seleccionar, cómo podemos diferenciar lo que es verdad de lo que es error?

Los dos términos de la alternativa, en su más estricta consecuencia, nos conducen a negar el avance. Pero el avance es un hecho. Contra él se rompe la aporía.

Examinando las cosas de más cerca ¿por qué ha de agotarse la tensión entre una carencia absoluta de criterio y un criterio absoluto? ¿No podemos poseer una variedad de métodos que, arrancando desde diversos planos puedan convergir en un objeto, permitiendo controlar, dentro de determinados límites, por lo menos, lo que el objeto *no* es; dándonos, en esta forma, un criterio, no de absoluta estrictez, pero susceptible de perfeccionamiento? Así tiene que ser y así es.

Deben existir, pues, criterios que nos permiten controlar, parcialmente, el contenido de la verdad de una doctrina. Ahora bien ¿será este contenido, ontológicamente controlado, el que nos revele el valor científico de la doctrina? La respuesta es, sí, pero sólo parcialmente.

Lo verdadero puede hallarse en planos relacionales de diversa profundidad; puede alcanzar tan sólo los bordes más simples y toscos del ser óptico, o haber llegado a sumergirse en su esencia más honda. Por eso, es necesario preguntar ¿hasta qué región del ser ha penetrado la teoría, hasta que medular profundidad?

Mientras más honda es la estructura óptica, más compleja es, más inaprehensible se torna a la mirada del hombre, mucho más difícil se hace la exacta coincidencia entre conocimiento-objeto. Al emprender una crítica hay que considerar esta dificultad de orden gnoseológico, acrecentada a medida que la doctrina apunta más hacia lo hondo.

Con lo anterior ¿no hemos afirmado subrepticamente: el verdadero ser—verdadero en su significación ontológica— se encuentra en lo gnoseológicamente más lejano, en lo inaprehensible casi? ¿y qué resta ya de aquí para llegar a la afirmación: el verdadero ser se halla en lo ininteligible, o en la cosa en sí kantiana, o en la contra-racional? Además ¿no hemos escatalogado el ser óptico axiológicamente, dando a unas esferas primacía sobre otras?

Nó, sólo hemos afirmado: no todas las esferas ópticas poseen idénticas estructuras y categorías; al buscar una esfera hay que

buscarla precisamente en lo que es, en la estructura que radique en su centro más nuclear. El que una categoría exprese a un ser determinado más centralmente que otra, no indica que valga más, sino meramente que corresponde más a ese ser. Se trata de una modalidad del *ser* no del *valer*.

## V

El conocimiento es obra creadora del sujeto. No es mera inmersión de lo objetivo en la imagen teórica. De ser así el error no existiría. El error, lo falso nos indican que el conocer no sigue rigurosamente, en su proceso, los contornos y estructuras del objeto.

La creación es producto de un hombre de carne y hueso, de un hombre que crea ayudándose de sus sentidos todos, a pesar de sus sentidos, con el fuego de su imaginación creadora. Toda verdadera creación supone en su proceso una búsqueda, una tensión, una lucha. Ese ritmo no se agota en interior ocaso, sino aflora al exterior, atraviesa la obra, le da su pulsación.

A primera vista, sin embargo, la teoría se presenta enunciando sólo algo del objeto. Ella posee independencia con respecto al sujeto creador. Le sobrevive. Existe en sí.

Una ciencia natural describe una región de la natura, la analiza, la explica. Nada más. Ni una palabra se halla escrita que nos muestre al hombre. Su idealidad trasciende sólo proyectándose hacia el objeto que refleja. Es la relación teoría-objeto la que aquí impera.

Decíamos, el hombre se manifiesta plenamente en su obra creadora.

Un pintor dibuja un paisaje. Mira. Observa. Sus manos persiguen los más leves contornos. Vuelve a surgir aquí el paisaje. Vuelve a iluminarse. Es objetivo. Cualquiera lo reconoce: es el mismo cielo, son los mismos árboles tronchados. Sin embargo ¿no se ha expresado el pintor en el paisaje de su cuadro? ¿no lo ha traicionado el movimiento de su mano, el ritmo de su sangre? ¿no lleva el cuadro el signo de su personalidad, de su estilo? ¿y no posee sin embargo el cuadro objetividad plena? Pero ¿por qué ha de significar objetividad necesariamente deshumanización?

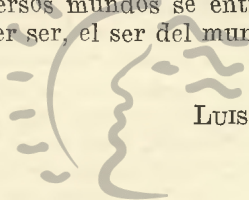
No sólo crea el artista. En la ciencia también hay un proceso creador. No es la ciencia un conjunto de meras fórmulas, no es mera colección de copias fotográficas. La naturaleza puede ser abordada desde diversos planos. Ya en el proceso mismo en el que el hombre aprehende e interpreta los fenómenos naturales hay una interior vibración. Esta vibración también se cristaliza en la teo-

ría. Describiendo el objeto analizado vuelve a reflejarse el hombre, traduce su potencialidad sistemática, su estilo, su temperamento estético.

¿No nos contradecemos? ¿No afirmamos anteriormente, ninguna incursión que hagamos en el hombre podrá explicarnos el contenido de verdad de una doctrina, de una obra cultural?

Dijimos, en la teoría hay una relación que la une con su objeto, en esta relación teoría-objeto se agota el contenido de verdad. Pero ¿por qué ha de ser el criterio de lo objetivamente verdadero la única posible perspectiva? ¿no existe, por ventura, lo que más allá de lo verdadero y de lo falso habita?

Al conectarse una teoría con una región del cosmos, manifiesta lo que el sujeto creador ha visto en él. Es la posición del hombre frente al cosmos lo que en toda cultura se manifiesta. Y aquí se da una entidad en la que diversos mundos se entrecruzan y reflejan: el mundo del ser y del deber ser, el ser del mundo y el ser del hombre.



LUIS FELIPE ALARCO.

**Biblioteca de Letras**  
«Jorge Puccinelli Converso»